

CAPÍTULO XXIV

BELLAS ARTES

Hemos tratado largamente en otro lugar del origen de la arquitectura (1), y que, á semejanza de todas las demás artes de utilidad positiva y de recreo, se había acomodado á los lugares, al clima, á los materiales. Desde los subterráneos de la India, y desde las pesadas construcciones del Egipto llegó á Grecia á imitar las encinas de Dodona, y á hermosear las primeras habitaciones construidas con estos. Pero al paso que las arquitecturas anteriores perecían ó cesaban de producir, la de la Grecia renació de sus propias cenizas, ora conservada con una fidelidad clásica, ora transformada por medio de innovaciones.

Aunque se hallen algunos vestigios de la bóveda en los edificios de la India y de Egipto, y en algún antiquísimo monumento helénico, los griegos hicieron poco uso de ella en los mejores tiempos. Esto impedía dar á sus edificios mayor ensanche que el que permitían los techos rasos de piedra á que daban la preferencia; tampoco podían introducir allí la luz sin dejar paso á la lluvia y al aire, puesto que no se servían del vidrio para las ventanas. Quedaban, pues, angostos los templos, y no eran iluminados sino por intersticios dejados en el friso, por la gran puerta y por lámparas: por eso se ponía muy poco cuidado en los adornos interiores: toda la magnificencia se desplegaba por fuera, y se los rodeaba con una ó dos hileras de colum-

(1) Lib. III, cap. XX. Véanse además: STIEGLIK, *Historia de la arquitectura entre los antiguos*. J. G. LE GRAND, *Historia general de la arquitectura, comparación de los monumentos de todas las edades en los diferentes pueblos y teoría de este arte sacada de los ejemplos, como de los grandes efectos ó producciones de la naturaleza*.

TH. HOPE, *Historia de la arquitectura*.

nas, que servían á la vez de ornamento y de abrigo á la muchedumbre no admitida en el santuario.

El ágora y el teatro á que tenía acceso todo ciudadano, estaban descubiertos por la necesidad de que fueran más espaciosos: por otra parte contribuían á que aconteciera de este modo la hermosura del cielo y la costumbre de vivir al aire libre. La constitución democrática de aquel pueblo impidió á los particulares distinguirse con habitaciones suntuosas (2), de aquí resultaba que el amor de las artes y la ambición se reconcentraron enteramente en las construcciones públicas. De aquí la magnificencia de los edificios con que se cubrió la Grecia, conservando todos, á pesar de su extrema variedad en los detalles, su carácter original de pureza, según unos, de debilidad según otros. Consideradas las columnas como parte principal, cortas y sólidas para sostener la masa sobrepuesta, distaba entre sí tanto como lo permitía la longitud de una imposta de mármol ó de una viga. Este sistema no permitió aventurarse á más vastas formas, faltándole la inagotable variedad que nace de la curva del arco y de la bóveda.

Roma en sus principios tomó de los artistas nacionales la bóveda, que tiene mucho uso en las ciudades pelágicas de Italia, y se empleó en los maravillosos acueductos y en las cloacas, que bastan para demostrar que llevaba ya mucho tiempo de existencia la ciudad de los Tarquinos. No tenía Roma á su disposición tan ricas canteras de mármol como Grecia; construyendo de consiguiente con ladrillos, hallaba más ventajas en hacer uso de la bóveda: de este modo vino á ser el arco el carácter distintivo de la arquitectura romana, progreso impor-

(2) Demóstenes acusa públicamente á Midias, porque su casa en Eleusis tiene más elevación que las demás.

tante; puesto que permite enlazar entre sí pilares y muros á mucha mayor distancia que podría conseguirse con arquivadas de madera ó de piedra, y cubrir con techos, tan sólidos como fáciles de construir, vastísimos espacios. Hállanse, pues, arcos en todos los puntos donde edificaron los romanos. Unas veces en el fondo de una plaza cuadrada, ó al rededor de una plaza circular abrieron hemicírculos cubiertos de semicúpulas ó de cúpulas enteras formadas por arcos concéntricos, otras veces circunscribieron diferentes pequeños arcos en uno más grande, ó los cruzaron en diferentes direcciones. Hasta cuando apoyaron los pórticos en columnas, á estilo griego, echaron el arco de una á otra, disimulándolo con un arquivado fingido. La curva debía ser en todo caso un semicírculo exactamente.

Esto basta para distinguir la arquitectura romana de la de los griegos; y aunque la primera tomara de estos algunas de sus partes, las convirtió de esenciales que eran en ornamentales. Avenfáse mal la inflexible línea recta del arquivado con el arco tirado de una pilastra á otra, y la angulosidad de la techumbre con la convexidad de la cúpula. Perdían su significación los triglifos y los dentellones, si no había en lo interior vigas de que tuvieran que figurar su salida ó remate; pero los romanos, que no eran inventores, no hallaron ningún medio original para ornar de una manera conveniente la archivolta.

Aun después que Roma oprimió á la Etruria, sacó de la Grecia la mayor parte de sus artistas, y aunque ya aparece la imitación griega en el sepulcro de Escipión Barbato (el año 456 de Roma), en que el triglifo dórico está sobrepuesto de dentellones jónicos, aquellos arquitectos hubieron de plegarse al gusto romano, y lo que añadieron del arte griego figuraba allí como pegadizo. De aquí resultó un estilo bastardo que agradó á un pueblo muy distante de poseer aquel sentimiento exquisito de lo bello, peculiar de los griegos y que se contentaba con acumular, sin pretender reducir á la unidad. Si la victoria proporcionaba á los romanos obras maestras del arte, columnas, pisos, encargaban á los arquitectos que las emplearan en los edificios, fuera ó no posible armonizar los trozos antiguos con la construcción nueva. La columna, parte principal de la arquitectura griega, no fué más que un ornamento para interrumpir el muro continuo, destinado á sostener el peso perpendicular al mismo tiempo que la presión oblicua de la bóveda. Pudo, pues, alzarse sobre un pedestal incómodo á los que habían de pasar por aquel punto, y elevándose á veces, como en los arcos de triunfo, á una grande altura entre el entablamento y el pedestal, lo cual le hacía perder mucho en figura y en importancia. En vez de continuar siendo el sostén del arquivado, sirvió de apoyo á lo que ya descansaba sobre el muro; de aquí que pareciera más bien que sobresalía para aumentar la solidez del edificio: sin embargo, hacía la figura del

capitel menos determinada á la vista. Hasta se halla colocada en el Panteón en lo interior de un arco, independiente tanto de ella como de la cornisa, de modo que no sostiene más que esta, sin que la cornisa sostenga nada; gran demostración de su inutilidad.

El frontis, que continuaba sin interrupción entre los griegos, presentando la línea recta y el pináculo formado por los extremos del techo, cambia de destino en la arquitectura romana: se halla á veces colocado bajo la cornisa, ó sobre una puerta, una ventana, un nicho: en Balbek se ve hasta en lo interior de un pórtico. Sucesivamente en vez de un frontis grande hubo muchos frontis pequeños, unas veces truncados, otros redondos, ó con otros más grandes encima, como en el Castel dell' Aqua de Roma, en el templo de Diana en Nimes, en el del Sol en Balbek, y en el palacio de Diocleciano en Salona.

Introdujeron, pues, los romanos estas modificaciones con otras más en los órdenes de arquitectura. Como el dórico era demasiado severo para modificarse, le emplearon muy rara vez, si bien dieron su nombre á otro excluyendo sus más característicos rasgos. Con ellos perdió el arte jónico la diversidad entre el frente y los costados de la voluta, lo cual constituía la principal belleza de su capitel. Se transformó el orden corintio en orden compuesto: el equino fué truncado en su parte superior, y los dentellones cortados por abajo. Mezcláronse los órdenes como en el teatro de Marcelo, en que la cornisa jónica coronó la columna dórica. Cuando los griegos no se apartaban nunca del principio originario de la cabaña de madera, se queja Vitruvio de que los romanos no querían prestar atención á estas conveniencias de detalle, y ponían en las cornisas inclinadas de sus frontis los dentellones debajo de los modillones, siguiendo á su capricho en todo.

Estos defectos se hacían notar en los mejores tiempos, si debe llamarse defecto el apartarse de reglas arbitrarias. Efectivamente, es necesario confesar que la arquitectura romana con la curva de sus arcos, introdujo mucha variedad en la belleza de las líneas rectas, de las superficies planas y de las formas más angulosas de la Grecia. Presto sin embargo se inclinó á lo peor. Ya el arco de triunfo levantado por Tiberio á su predecesor, es extremadamente ancho, está sostenido por pilares de mampostería con dos delgadas columnas, y un frontis mal impostado que va de una á otra. El de Trajano en Ancona, peca por el exceso contrario, estrechado entre los pilares; y además los elevadísimos basamentos están sobrecargados de insignificantes molduras. Todavía se nota peor sentimiento del arte en la puerta de los Borsari en Verona, edificada quizá en tiempo del reinado de Alejandro Severo con sus columnas de estrias torcidas y los frontis de sus nichos alternativamente redondos y triangulares. En el palacio de Espalatro nace el arco de las columnas sin cornisa. Pero

si se pudiera considerar como un adelanto esta supresión de una parte inútil, es sumamente defectuoso ver columnas asentadas sobre modillones en vez de pedestales, y alzándose una hilera sobre otra sin que una línea continua indique un entablamento interior; y cornisas que en vez de seguir la línea horizontal de una columna á otra, circulan con el friso entorno de un inmenso arco. Agréguese á esto los ornamentos sembrados sin sobriedad, significación ni efecto, como en Palmira, donde degenera en superfluidad y en confusión la cantidad de columnas y de frisos. Tanto más cuanto que la escultura tuvo una decadencia más rápida todavía. Con efecto, los gigantescos modillones de mármol del magnífico templo de la Paz, no son muy superiores á las obras de los siglos bárbaros; y bajo Constantino había tal escasez de artistas que hubo necesidad de dilapidar los antiguos monumentos para embellecer los nuevos, especialmente en Constantinopla, pensando aquel emperador como Julio II, que los edificios debían levantarse y no construirse. En su conjunto el arco de triunfo levantado en memoria de sus batallas, es más majestuoso que el de Séptimo Severo; pero los ornamentos fueron arrancados del arco y del faro de Trajano; y se armonizaron mal con las nuevas obras, donde faltaba la belleza y el arte de los contornos que produce la gracia. De ésta se hallaban desprovistas completamente las imágenes del Salvador y de los doce apóstoles de plata que hizo llevar á San Juan de Letrán, como otras estatuas de su siglo que existen en el Capitolio, é igualmente las monedas y medallas del mismo tiempo. Hizo quitar la cabeza á una estatua de Apolo para sustituirla con la suya, que fue posteriormente derribada por un rayo en el año 1100. Es más grandioso que el de Roma el arco de triunfo levantado en Tesalónica en honor suyo, y está por todas partes más cargado de bajo relieves.

La columna erigida á Teodosio el Grande es muy inferior á las de Trajano y de Antonino, según podemos deducir de los dibujos de Bellini. El pedestal del obelisco egipcio, colocado por este príncipe en el hipódromo de Constantinopla, donde está representado con sus hijos, asistiendo á los juegos y rodeado de su corte, es una gran prueba de decadencia. Fueron fundidas en aquella época las puertas de bronce de San Pablo con figuras y arabescos de plata; pero su enorme riqueza no basta á disimular la decadencia del arte.

Si la ley que exime á los pintores y á sus familias de los alojamientos militares (3), da testimonio de la solicitud de Constantino, otras leyes demuestran cuanto se perdía el culto de lo bello entre el pueblo, como la prohibición de demoler los mausoleos, los arcos de triunfo, y las columnas por capricho ó por necesidad de servirse de ellas para

(3) *De excusatione artificum.*

otras construcciones (4). Hasta hubo que instituir un magistrado para defender los monumentos públicos á viva fuerza (5).

Arte cristiano.—Salido el arte cristiano de las catacumbas, donde había hecho sus primeros ensayos, pudo erigir templos y hermosearlos con ornamentos y figuras. El papa Silvestre recibió de Constantino en donación perpétua el palacio de Letrán para su morada y para el uso del culto. Este pontífice mandó edificar un baptisterio octógono consagrado á San Juan Bautista. Ha sido posteriormente cambiada de una manera considerable la vecina iglesia, dedicada bajo el mismo nombre, si bien todavía el papa toma allí posesión de la ciudad y del mundo (*urbi et orbis princeps*). Constantino mandó erigir en el espacio que ocupaba el circo de Nerón un templo al príncipe de los Apóstoles; también mandó construir el de San Pablo extramuros, el de San Lorenzo y el de Santa Inés en un valle sembrado de catacumbas entre las vías Salaria y Nomentana. Convirtióse el último en capilla funeraria cuando se depositaron allí las cenizas de Constancia, hija del emperador, en un admirable sarcófago de pórfido ornado de alegorías báquicas. Véanse símbolos de la misma clase en el mosaico del baptisterio redondo que se halla cerca de esta iglesia; no porque anteriormente hubiera sido consagrado á Baco, sino porque los pámpanos y la vendimia eran símbolos cristianos.

Tres iglesias fueron edificadas por orden del mismo emperador ó de su madre en el monte Olivete, en Betlem y en el Santo Sepulcro, por arquitectos que probablemente habían visto la iglesia de San Pablo de Roma, lo cual estorbó á su imaginación dejarse ir en pos del delirio oriental. Constantino levantó otros templos en la nueva capital de su imperio, como Santa Sofía, los Santos Apóstoles, Santa Dinamía, Santa Irene, y si hemos de dar crédito á Gregorio de Tours, uno magnífico en la Auvernia. La rapidez con que quería ver terminadas las construcciones hizo que ninguna de ellas tardara en desmoronarse, á excepción quizá tan solo de las iglesias de San Juan y de Santa Constancia.

Tiene alguna semejanza con las catacumbas la iglesia dedicada en Roma á Santa Prisca en el mismo sitio en que se alzaba el palacio de esta matrona, bautizada por San Pedro y considerada como la primera que padeció martirio; pues allí se encuentran un sepulcro, un altar y una capilla. La de San Clemente, anterior á Teodosio, es uno de los más antiguos restos de aquella arquitectura primitiva, conserva la forma ritual en toda su pureza, rodeándole un atrio de columnas con un pronaos. Está dividido en tres naves, de las cuales

(4) *Cod. Just., XIII y siguientes de sepulc. viol.; Código Teod., IX, 17, XVI, 49.*(5) *Centurio nitentium rerum.* AMIANO MARCELINO, XVI, 6.

tiene la del centro treinticuatro pies de elevación, la de la derecha, trece, y la de la izquierda dieciocho, anomalía que no es rara de todo punto: ancha escalera conducía á la tribuna, bajo la cual se halla la confesión con las reliquias. También San Silvestre, San Hermes y San Martín de los Montes en Roma fueron construidos sobre oratorios subterráneos.

Gala Placidia, hija de Teodosio, quiso que la iglesia de San Nazario y San Celso, en Ravena, imitara los hipogeos, y mandó preparar en su recinto sepulturas para ella, para Honorio su hermano, para Constancia, su esposo, y para Valentiniano III, su hijo.

Unos de los primeros templos paganos transformado en iglesia, fué San Urbano, fuera de la puerta Capena, más arriba de la fuente de Egeria. Es todo de ladrillo, y su pórtico está adornado con cuatro hermosas columnas. San Pedro Advíncula se atribuye á León el Grande; pero se ignora de donde tomó aquellas columnas de orden dórico, que son mucho más elevadas que las de Pesto. Cada columna con su capitel tiene ocho veces su diámetro de altura próximamente.

El emperador Constantino y sus primeros sucesores no echaron á tierra los templos paganos, ni aún los cambiaron de destino. Pero cuando Teodosio hubo asegurado el triunfo del cristianismo, fué necesario levantar templos en todas partes, atendido que casi había tantos fieles como ciudadanos. Como ya hemos dicho eran pequeños los templos de los dioses, por hallarse destinados, no á recibir en su seno á la muchedumbre, sino al cumplimiento de los ritos: su número se había aumentado en Roma por la afluencia de adoradores de una multitud de divinidades diferentes, si bien no por esto habían llegado á ser más espaciosos. Mal podían, pues, convertirse en iglesias cristianas, donde se reuniera el pueblo entero á fin de tomar parte en la oración y el sacrificio, y para oír las verdades de la fé y los preceptos de la moral. Ya se necesitaba de más anchas naves, de suerte que se juzgó más conveniente apropiarse las basílicas al nuevo culto.

Basílicas.—Sin duda no se ha olvidado que eran recintos cubiertos donde se reunían los mercaderes para tratar sus negocios, y donde iban á discutir los oradores y á pronunciar sus sentencias los jueces. Plinio contaba dieciocho en Roma (6). Hallábanse rodeados exteriormente los templos en su mayor parte de numerosas columnatas; pero las basílicas no presentaban por fuera más que paredes desnudas: tenían comunmente la figura de un cuadrilongo, y estaban divididas en tres naves por dos hileras de columnas que iban á parar á un semicírculo elevado sobre algunos escalones, y cubierto con un hemicírculo en forma de nicho, llamado *absis* en griego, y *tribunal* en latín, de donde

(6) *Hist. nat., VI, 33.*

proviene cabalmente el nombre de nuestros tribunales, pues que allí tomaba asiento el magistrado rodeado de los jueces, teniendo en frente de sí á los abogados. En los gabinetes contiguos estaban los escribanos ú otros, que resolvían ó conciliaban las diferencias que se suscitaban entre negociantes. Algunas de aquellas basílicas tenían balcones ó tribunas para comodidad de los espectadores.

Nada podía convenir mejor á las reuniones de los cristianos, tanto por el espacio como por la distribución. Colocóse el altar en medio del tribunal, sentóse el obispo en la cátedra del magistrado, en rededor el clero, y el resto del edificio recibió á los fieles: los hombres al Mediodía, las mujeres al Norte, los catecúmenos en el medio y ocupaban las tribunas las viudas y las vírgenes piadosas. Dícese que la primera basílica dedicada al culto cristiano en Roma fué la Porcia, llamada así á causa de Lucio Porcio, cónsul el año 570 de la fundación de Roma; y hay quien pretende que sirvió de modelo á las iglesias, que tomaron de ella hasta el nombre.

En el momento en que el papa Liberio formaba el proyecto con un senador de la de Santa María la Mayor, que se proponía elevar en Roma, cayó nieve á la mitad del mes de agosto, y un ángel trazó sobre ella el plan de la nueva iglesia. Esta leyenda atestigua que se atribuía á la figura de los templos un origen superior al capricho del artista. Con efecto todo parece haber sido ritual en las construcciones cristianas, como en el templo hebreo en otro tiempo. Hasta fueron acomodadas las primeras iglesias á imitación suya, puesto que se lee en las Constituciones apostólicas, obra del siglo cuarto, que San Pedro quiso que las iglesias se asemejaran á un navío con dos pastoforias ó sacristías á las extremidades; en medio se sientan el obispo y los sacerdotes, mientras que están en pie los diáconos vestidos ligeramente como marineros dispuestos á bogar. Su misión es tener cuidado de que se coloquen en buen orden los seglares, y las mujeres separadas de los hombres; que oigan en silencio las lecturas y la explicación del obispo, quien representa al piloto. Debe haber portero en el lado por donde entran los hombres, y diaconisas por donde entran las mujeres.

Cuando los cristianos tenían la elección del sitio construían las iglesias sobre una altura, doblemente largas que anchas, con la cabecera hacia el lado de Oriente, los pies al Poniente, símbolo del progreso católico, que desde la inmovilidad oriental, se encaminaba al libre desarrollo; pero ningún rito les obligaba á construirlas de esta manera.

Primeramente se encontraba allí el *atrio* ó *paraiso*, pórtico de columnas (7), tan ancho como la

(7) Todavía se ve en Roma en San Lorenzo, en San Jorge de Velabro, en Santa María de Transtivera, y algo modificado en San Juan de Letrán, Santa María la Mayor, etc.

iglesia, y que cuando las catacumbas fueron abandonadas, vino á ser el lugar de reposo de los muertos, donde aguardaron la resurrección con la cabeza vuelta hacia Levante. Podían los ricos obtener sepulturas separadas en el mismo sitio, si bien solo los obispos eran sepultados en las naves. La familia imperial tenía sus bóvedas bajo el umbral sagrado, lo cual hacía decir á San Juan Crisóstomo que los reyes se habían transformado en porteros de los pecadores. A veces se extendía el átrio hasta formar un patio cuadrado, como ya se vé delante del templo del Sol en Balbek; en la capilla de Isis, en Pompeya, y como existe en muchas iglesias cristianas (8).

A semejanza de las casas, no tenía ventanas el templo pagano: recibía la luz por las puertas ó por una abertura en el techo, ó de las lámparas. El grupo antiguo más notable fué hallado en un aposento de los baños de Tito, ornado de mármoles preciosos, pero donde no entraba la luz del día. En los templos cristianos, ventanas redondas ó abovedadas transmitían una luz templada por vidrios, representando al pueblo hechos del Antiguo ó del Nuevo Testamento.

Fuera nada de columnas, de molduras, ni soporal alguno, á excepción del techo, sino paredes desnudas, cuya sencillez y armonía daban al edificio cierto aire de majestad.

Dividíase la iglesia en tres zonas: en la primera (*narthex, ferula, pronaos*) inmediata á la puerta, tomaban puesto los penitentes no excomulgados, y los catecúmenos que oían el Evangelio sin poder asistir al sacrificio. La segunda (*navis, naos*) recibía á los iniciados: estaba separada de la primera por un muro transversal de tres puertas: servía la de la derecha para los hombres, la de la izquierda para las mujeres y la del centro para las procesiones.

En la nave del centro, más elevada ó más baja, destinada á las ceremonias religiosas, se colocaban los levitas y los tres coros cantantes alrededor de los tres ambones, destinados, uno para la orquesta, otro para la epístola, otro para el Evangelio, cuya lectura, así como la de las cartas de los obispos, era privilegio de los diáconos. Delante de los ambones, frecuentemente de piedra, octógonos ó cuadrados (9), con mosaicos y esculturas se alzaba la columna del cirio pascual.

La silla del obispo detrás del altar acupaba el centro del ábside, que se llamaba presbiterio, y cuya bóveda era dorada. Al lado se hallaban los

(8) Tales como la de San Clemente, de los cuatro Santos coronados, de San Lorenzo, en Roma, de San Apolinar y de San Juan de la Sagra in Classi, en Rávena; la catedral de Parenzo, en Istria; de San Ambrosio, en Milán. Esta última, San Zenón de Verona, y Santa María de Torcello, son las iglesias de la Italia superior que conservan más analogía con la antigua basilica.

(9) El de San Ambrosio en Milán ha sido formado de dos arcos funerarias sobrepuestas.

pastóforos. Hallábase esta silla episcopal á tres escalones de altura sobre las sillas de los sacerdotes de más categoría: así podía dominar el obispo con la vista por encima del altar á la muchedumbre allí congregada. A la extremidad de las dos naves laterales estaban el *senatorium* y el *matroneum* para los patricios y las damas.

Era la tercera zona el sagrario (*cella, hieration*), separado del resto del templo por un arco de triunfo. Subíase allí por tres escalones sobre los cuales caía el velo pintado, y no era dado penetrar en aquel recinto más que al sacerdote. Debajo estaba la confesión, cripta donde se hallaban las osamentas de los mártires, sobre la cual se apoyaba el altar único, consagrado al dios, también único. Encima estaba suspendida la paloma de la eucaristía, y alrededor se vetan lámparas de diferentes figuras, adheridas al baldaquino en forma de triángulo griego, sustentado por cuatro columnas y llamado *cimborio*.

En la forma general se introdujeron muchas variedades de detalle. Nos queda la descripción de la iglesia de Tiro, derribada como todas las demás en tiempo de Diocleciano, y la cual quisieron reedificar los habitantes de aquella ciudad, después del reinado de Constantino, en el mismo lugar donde tuvo asiento, aunque más espaciosa y adornada. Hallábase rodeado el edificio de un muro, y se entraba en él por una galería abierta hacia el Oriente, tan elevada que parecía invitar á los fieles desde lejos. Enseguida se llegaba á un gran patio cuadrado, que tenía á cada lado atrios de columnas, donde los catecúmenos estaban cerrados por celosías que permitían circular el aire. Podían purificarse los fieles en las fuentes que brotaban en medio del patio, después del cual se encontraba el pronaos con tres puertas hacia el sol saliente: la del centro, de más elevación y anchura, con impostas de bronce unidas por planchas de hierro y cinceladas, daba entrada á la gran nave, acompañada de otras dos más bajas, que recibían la luz de ventanas guarnecidas con un enverjado de madera artísticamente esculpido.

Estaba sostenida la basilica por columnas más elevadas que las del peristilo, y adornada además con preciosas obras: el pavimento era de mármol y la techumbre de cedro: una verja separaba á los fieles del santuario (10).

Como se empleaban en estos edificios columnas arrancadas de todas partes, y por consiguiente eran de diversas dimensiones, en vez de acortar las que eran demasiado largas, ó de levantar por medio de un pedestal las que eran muy cortas, se desterró el arquitrabe y se echaron de una á otra arcos que partieron inmediatamente de su cima; método conocido ya acaso, si bien desde entonces fué de general uso.

A la basilica de San Pablo, situada extramu-

(10) EUSKIBIO, *Hist.*, X, 3.

ros (11), se llevaron veinticuatro columnas de mármol violado que pertenecían á la Mole de Adriano, cuyos elegantísimos capiteles contrastaban con la tosquedad de las otras dieciseis columnas, añadidas quizá cuando ensancharon aquella basilica Teodosio y Arcadio. Aquellas columnas dividían el edificio en cinco naves, que, con otra transversal en la parte superior, formaban una especie de cruz. Por dentro ofrecían aquellas cuatro hileras un golpe de vista mucho más grandioso y más magnífico que los peristilos exteriores de los antiguos (12). Aquí parten los arcos de las columnas en contradicción al estilo más puro. En Santa Constancia, son gemelas las columnas, no en el sentido de la circunferencia, sino según el radio de la rotunda. Véanse semejantes en una iglesia cerca de Nocera de los Paganos, y en otra cerca de Bonn, cuya construcción se atribuye á Santa Elena, y en muchas posteriores.

Enseguida se multiplicaron las iglesias en Roma (13), y sería fácil seguir paso á paso á la arquitectura en su decadencia y en su renacimiento, porque no hubo siglo por desventurado que fuera, en cuyo curso no edificara por lo menos una la munificencia ó la piedad de los pontífices.

También fueron construyéndose en las demás ciudades, á medida que el cristianismo se estableció en ellas. Tanto en el trazo como en la elevación y en los ornamentos conservaban la forma ritual todas. Cuando no se limitó el culto á honrar á un solo mártir, se aumentó el número de los altares, y se alteró la sencillez del dibujo por la interrupción de las bellas líneas; mucho peor fué todavía cuando se introdujo la pompa profana de los mausoleos.

(13) Calcúlese que se construyeron en Roma en el siglo II dos iglesias; en el III, nueve; en el IV, diecisiete; en el V, ocho; en el VI, doce; en el VII, cinco; en el VIII, once; en el IX, siete; en el X, una; en el XI, siete; en el XII, ocho; en el XIII, dieciseis; en el XIV, ocho; en el XV, treinta; en el XVI, noventitres; en el XVII, sesentidos; en el XVIII, siete. —Total, trescientas tres iglesias.

(11) Fué consumida por las llamas el 21 de julio de 1823.

(12) J. CIAMPINI, *Synopsis de sacris aedificis a Constantino constructis*, Roma, 1691.

EPILOGO

Desde la infancia nos enseñan á admirar la gigante Roma en una literatura majestuosa llena de su grandeza, y en historiadores, que idolatras de ella, sin tener en cuenta lo que es ó no justo, exageran las virtudes, justifican los desafueros y emiten ideas falsas é inhumanas sobre la libertad, la gloria y el derecho de conquista. Conducidos luego á meditar sobre aquella legislación, nos mueve todavía á asombro después de tantos adelantos en la ciencia del derecho y de la jurisprudencia. Estamos rodeados de admirables vestigios de aquella civilización todos, y especialmente los italianos, quienes consideran como una gloria nacional la magnificencia y los triunfos de aquellos á que tienen costumbre de llamar sus antepasados. No es, pues, extraño que nos cueste trabajo desprendernos de juicios aceptados sin discusión y convertidos en sentimientos, y que sintamos repugnancia por las personas que nos arrancan tales ilusiones y que substituyen á bellas frases los hechos en toda su desnudez, al brillo la justicia, á la gloria la humanidad.

Nosotros, llenos de fe y de esperanza en los progresos que hace el género humano aprendiendo y mejorándose siempre, tampoco somos capaces de negar el inmenso influjo que ejerció Roma en los progresos realizados por nuestra especie. Al fraccionamiento de los concejos substituyó la idea de nación, á los hombres un pueblo, pueblo rey: derribó las mil barreras que aislaban á las poblaciones: aproximó civilizaciones muy diferentes, á fin de que la una se aprovechara de la otra: preparó el tiempo en que debía sucederla una dinastía de naciones, reinando no ya por la fuerza, sino por la inteligencia.

No estaba predicha por las sibilas la necesidad de este cambio, ni lo columbraban los filósofos ni los hombres de Estado: lejos de eso se irritaban

contra los cristianos que la predicaban, y Roma moría persuadida de su inmortalidad: moría por la fuerza, ella que por la fuerza había vivido.

Morla, si bien dejando al porvenir un legado inmenso. En todas las comarcas de Europa á donde había podido llegar quedaron convertidas en focos de civilización las ciudades que había fundado. Estas fijaron primeramente en el terreno la oleada de los bárbaros; mas tarde se hallaron con los obispos y los comunes en aptitud de resistir á la feudal tiranía (1).

Su literatura quedó como objeto de estudio al lado de la literatura nacional, y sirvió para formar la educación de los nuevos pueblos europeos: todos ellos experimentaron su influjo, y muy especialmente aquellos que quisieron reconocerlo menos. El Homero de la Edad Media se hacía guiar por Virgilio en su maravilloso viaje.

Su idioma sobrevivió largo tiempo: conservado por la Iglesia ofreció una lengua universal, no como una quimera filosófica, sino como un hecho: modificado por los dialectos primitivos engendró las lenguas modernas, más lógicas aunque menos majestuosas, más claras aunque menos poéticas.

Sus leyes servían de modelo; mantenidas en un principio y modificadas por la Iglesia, se introdujeron después en las escuelas y en la sociedad seglar para regular los actos, las transacciones, los contratos, suministrando excelentes modelos de orden y de equidad, aún cuando encadenasen á veces el pensamiento.

Roma había encontrado al mundo dividido en municipios sin unidad: sofocó su individualidad agregándoselos á ella; pero al mismo tiempo los

(1) Véase de cuan distinto modo acaecieron las cosas en Polonia y en Escocia donde no hubo ciudades romanas!

organizó. Cuando llegó á disolverse continuaron viviendo aquellas instituciones, aunque reducidas á la simple administración ciertamente; pero mezcladas más tarde á los elementos septentrionales y vivificadas por las inmunidades eclesiásticas, produjeron los concejos de la Edad Media y la época más gloriosa de la Italia.

Hasta la misma Roma dejó como herencia la idea de un poder central, capaz de moverlo todo; parte en la administración que no tuvo mudanza, parte en los recuerdos. Aspiraron á imitarla los pueblos bárbaros, admiradores suyos, sin poderla igualar nunca: por ella renació en tiempo de Carlo Magno un imperio cristiano, y á ella fué debido que legistas populares pudieran oponer la fuerza de un poder supremo á las usurpaciones sin freno de las jurisdicciones feudales.

¡Cuán ricas son las lecciones que brinda su acrecimiento, su poderío, su decadencia para el que observa al hombre y admira su pujanza, menos en el abuso desenfrenado de la fuerza que en las lentas conquistas del derecho! Hemos seguido estas pasos á paso procurando desembarazarnos de las opiniones concebidas de antemano, simpatizando con los oprimidos, con los vencidos, con el pueblo. No hay, pues, que extrañar ver formados nuestros juicios de muy distinta manera que los que forman los admiradores de las violencias, de los triunfos, de los héroes. No hay por qué asombrarse de que la vía Sacra y el Capitolio nos hayan ocupado menos que la Suburra y las catacumbas: si hemos otorgado una admiración menos estática á la Roma de Cesar, observando después su agonía y su fin en una contemplación prolongada. No hay espectáculo más interesante que el de una sociedad que se disuelve, y el de otra que se eleva. ¿Y cuándo ofrece la historia una ocasión más oportuna de considerarlo?

Nos hemos detenido largamente á considerar la lucha del mundo oriental, el cristiano y el germánico, á ver disputarse la tierra el cristianismo, el helenismo, la filosofía, la barbarie. Pero herido en el corazón el helenismo, se esfuerza vanamente por regenerarse, admitiendo lo mejor que encuentra en su adversario: tronco carcomido que no refrigera el rocío del cielo, y que semejantes al upas, derramaba una mortífera sombra sobre todo sentimiento de amor y de generosidad, no podía recibir el ingerto del olivo, destinado á vivificar el mundo. Después de haber cesado de matar, se arma el paganismo de argumentos en las escuelas, se adorna con símbolos en los templos, llama tenazmente en su ayuda á las preocupaciones de la aristocracia y á los hábitos del vulgo; pero tan luego como el apoyo de la legalidad le falta, viene á espirar en el fondo de las catacumbas, donde se había engrandecido el cristianismo (2).

(2) Repitámoslo: en esta historia consideramos el cristianismo como una inmensa fuerza civilizadora: la demos-

Sabiendo éste que la resistencia es un crimen cuando cesa de ser un deber, á fin de no provocar á los tiranos, había derramado primeramente su sangre en silencio, y con el perdón en los labios; pero tan pronto como adquirió robustez y lozanía en los tormentos y en los varoniles deleites de la soledad y de la abstinencia, levantó la voz en medio del estruendo de las armas: de creencia personal é interior se transforma en institución; tiene su gobierno, sus rentas, su representación, sus asambleas, y puede ya desprenderse de las trabas de la sociedad civil.

Esta prosigue pagana en el fondo, en sus instituciones, en sus leyes, en sus costumbres, tal como nació y logró su engrandecimiento. Así el imperio, aun reconociendo el Evangelio, marcha en otro sentido que el que le prescribe la ley nueva.

No se proponía su derrumbamiento el cristianismo, pues propendía á mejorar á los hombres para que se hiciera mejor la sociedad: no quería corregir á aquellos á costa de ésta, según el método practicado hasta entónces por los sabios. De consiguiente no hace cesar de súbito la guerra, la esclavitud, la obediencia pasiva. ¿Qué fuerzas poseía para esto? No precisa las relaciones de conciencia entre reyes y pueblos, en atención á que aun no había naciones cristianas, sino solamente individuos. Todavía se halla el gobierno en manos de los emperadores, que son jefes de los ejércitos y del Estado, pontífices y dioses, con un Senado dispuesto á aprobarlo todo, y un ejército pronto á lanzarse á toda empresa. Pero la Iglesia declara que hasta los emperadores dependen de un Dios que les encumbra y les derroca á su albedrío: la rigidez de la ley romana debe plegarse delante de las leyes cristianas, es decir, delante de la moralidad y de la justicia. No son destronados los cesares, aunque sí lanzados del altar y de la silla pontifical. Al lado de la sociedad que debe perecer se levanta como modelo otra enteramente distinta, fundada en la igualdad de los hombres, sin nobleza ó privilegios hereditarios, con una gerarquía electiva, en la que los honores, la consideración, el poder, se hallan apoyados en el mérito, única base legítima.

A pesar de todo no se la podía denominar sociedad cristiana, interin los depositarios de la nueva doctrina no hubieran logrado apoderarse del hombre en la cuna, apartarle de las ideas del antiguo orden de cosas, transformadas en costumbres, é infiltrar en su alma las del nuevo, con los preceptos recibidos en el maternal regazo.

Este objeto no se podía conseguir mientras permaneciera en pie la ciudad romana; y ésta, constituida por la fuerza, sólo por la fuerza podía ser destruída.

tración de la santidad de sus dogmas pertenece á otras ciencias. La historia debe contemplarlo como una religión de libertad y de progreso, y no cree nunca insistir bastante sobre el mayor cambio que se ha operado jamás en el mundo.

Si es gobierno libre no aquel que emancipa al hombre de toda subordinación, sino aquel en que el yugo de la fuerza se ha convertido en regla moral, la sumisión ciega en creencia racional, el suplicio en expiación, debemos decir que el derecho canónico en su integridad conducía mejor a la emancipación que las leyes romanas. Resisten los cristianos porque temen más a Dios que al hombre: los individuos y las naciones aprenden que, si en un lugar se les persigue, pueden buscar en otro abrigo a su conciencia. Cuando los romanos definían la ley diciendo que era *lo que agrada al príncipe* (3); cuando, según Aristóteles, «valía más a una ciudad ser gobernada por un hombre que por buenas leyes» (4) los maestros del cristianismo enseñaron a desear en todos los países instituciones tales que no fuera posible al jefe tiranizar a sus súbditos (5); y San Agustín profesaba la doctrina de que los gobiernos eran instituidos por el pueblo y para el pueblo. «Los reyes y los señores, dice, no tomaron este nombre de reinar o señorear, sino de regir; así pues, reinado se deriva de rey, y éste de regular. Debe ser considerado el fausto de los príncipes, no como atributo del que rige, sino como efecto del orgullo del que domina... Habiendo hecho Dios al hombre racional a su imagen y semejanza, quiso que dominara sobre las criaturas irracionales, no sobre el hombre. Por eso los primeros justos fueron pastores de rebaños, y no reyes de hombres, queriendo Dios darnos a conocer en esto lo que es conforme a la vez al orden de las criaturas y a la expiación de los pecados» (6).

Jamás hemos encontrado semejantes ideas de libertad en las obras de los antiguos sabios; y antes de San Agustín, ninguna voz había protestado contra la pena de muerte (7). Implora personalmente al tribuno Marcelino el perdón de algunos sectarios, pidiendo que se les conmute la pena capital en encarcelamiento, «a fin, dice, de que sean conducidos de una actividad maléfica al trabajo útil, de la locura del delito a la razón y al arrepentimiento.»

Aquí teneis la primera idea del sistema penitenciario, gloria ó esperanza de nuestro siglo de humanidad: teneis en las asambleas parroquiales, diocesanas, ecuménicas, el gobierno representativo, encomiado por la más alta concepción de la filosofía política, y como término del progreso social. Teneis la libertad y la igualdad en la asamblea de los fieles; la monarquía electiva en la iglesia, cuyo jefe, aunque escogido entre el pueblo, obtiene de los fieles una obediencia perfecta. Hasta lo que pareció un sueño de espíritus benévolos ó utopistas, á saber, un lenguaje común y la paz

(3) *Quod principi placuit, legis habet vigorem.*
 (4) ARISTÓTELES, *Polít.*, III.
 (5) SANTO TOMÁS, *De regimine principum.*
 (6) *De civ. Dei*, XII, 2; XV, 1.
 (7) Véase pág. 529.

universal por medio de asambleas generales, fué realizado en lo posible en la sociedad cristiana por el uso de la lengua latina y por los concilios.

En aquellas asambleas prelados inermes osan contradecir á los emperadores; y á la par que los senadores compiten en cobardía, oponen ellos á los decretos la voz de la conciencia. El concilio de Nicea es el primer ejemplo dado al mundo de una asociación de todos los pueblos conocidos, diferentes por las leyes, por los usos, por la civilización, congregados por una misma fe y sin embargo independientes, enviando diputados populares á discutir de como se debe creer, adorar y obrar. Allí son reconocidos muchos derechos; se proclama un símbolo de unidad general, que corona las más sublimes doctrinas de los tiempos antiguos. Así desde este momento se inaugura una nueva era de progreso para la civilización del entendimiento humano.

Desterrada la libertad en todas partes por el funesto influjo del egoísmo, se refugia en el santuario, protegida por la fe de Aquel por quien reinan los reyes. A primera vista se podría hallar una apariencia de despotismo en aquel gobierno de la Iglesia, que impone lo que se debe creer, extiende su imperio sobre la conciencia y proscribire la herejía, pero su infabilidad procede de un principio superior al hombre y capaz de satisfacer la razón: obra en todas las cosas públicamente por medio de cartas, concilios, discusiones, hasta el punto de que cada determinación es tomada después de una deliberación en común. Las mismas herejías prueban cuanta actividad reinaba en aquel cuerpo, en que la autoridad parecía deber sofocarlo. «Jamás sufriré la servidumbre del espíritu, decía un obispo (8); me parece que se rebaja demasiado el que está obligado á ocultar su pensamiento.»

Había sentado el cristianismo como base de su doctrina lo que hay de más general en las creencias y en la razón humana. De consiguiente, solo restaba que trabajaran las inteligencias para elevar todo lo que es ciencia sobre tan inconcuso fundamento; y hubiera resultado de aquí la regeneración completa del saber, y el inmenso progreso que es fruto de la armonía. Por desgracia la opinión individual ocupó en breve el puesto de la fe universal; se aplicó á la solución de problemas imposibles de desembrollar, y se consumieron el tiempo y las fuerzas en construir sistemas inciertos en derecho, efímeros de hecho: el carácter de generalidad se extravió en reformas parciales; y las especulaciones no fueron ya un engrandecimiento del orden de la fe bien consolidada, sino un retroceso á teorías particulares, á escuelas exclusivas, á hipótesis gratuitas.

A pesar de que las condiciones de la sociedad de entonces y los desastres sobrevenidos retarda-

(8) SIDONIN, *Ep.* VII, 18.

ran los frutos que debían recogerse, quizá no existe una sola de las mejoras de los tiempos más civilizados, que no se halle á lo menos en germen, en los santos Padres. Habiendo sucedido á los apóstoles y á los mártires, para sostener con la sabiduría y con la palabra las nuevas creencias nacidas con el pueblo y desarrolladas entre el pueblo, rompen el perpetuo círculo de imitación en que había estado como encadenada la literatura profana, y dan nacimiento al siglo de oro de la literatura cristiana. Hemos podido estudiar en sus escritos mil particularidades de la historia de los pueblos: los progresos lentos, si bien incessantes, de la revolución más vasta, y los obstáculos que le opuso la ciencia, apoyada en los antiguos usos hasta el momento en que fué llamada ella misma á sustentar las nuevas doctrinas con doble energía.

Ya antes de Augusto las producciones del espíritu y de las artes no se proponían otra cosa que excitar los apetitos personales, á la par que las enseñanzas de la Iglesia fomentaban una pasión completamente social entre los fieles. Al leer á los autores profanos parece como si compusieran en países distantes de todo tumulto, dentro de la Roma triunfal y llena de confianza en sus divinidades; tan puerilmente cantaban al borde del sepulcro, incensando por reminiscencia á las inmortalidades ya difuntas.

Con razón miraron con desdén los Padres el arte, reducido á condición tan mísera, ellos que, tronando desde lo alto del púlpito, discutiendo en el concilio, cantando en la soledad, son siempre los hombres de la realidad y de su tiempo: sienten y revelan los padecimientos de una sociedad que perece, y se hacen héroes de la caridad y de la oposición, cuando en otras partes no aparece más que baja lisonja, ó resignación afeminada, ó dolorosa paciencia.

Después de la lucha contra el paganismo, sostenida durante los cuatro primeros siglos por los cristianos, que proclamaban la libertad de creer y de adorar, y la libertad de la conciencia independiente del César, es completo el triunfo: pero entonces se necesita echar los cimientos del nuevo edificio, consolidar la disciplina, depurar y esclarecer las creencias.

Forzoso es dar nuevos combates. A cada paso surgen herejías, ora contra la fe, ora contra la moral, ora contra la disciplina. Cristo no había dicho que su barca tendría siempre vientos favorables, sino que ninguna tempestad la echaría á pique. Actualmente han perdido su significación aquellas herejías, y sin embargo subsisten como los esqueletos de animales antediluvianos que dan testimonio de violentas revoluciones. Pero todo el que quiera prescindir de lo más opuesto á la profundidad, es decir, el desdén y la burla, reconocerá que cada una de estas opiniones ejerció un influjo eficaz en el curso de las cosas, y en las ideas que dan impulso á la humanidad.

A veces se arman los Padres como refutadores

de razones tan generales que pueden servir de respuesta á los innovadores, que abundan en todos tiempos. Así Tertuliano prueba en sus *Prescripciones* que las herejías no conducen al verdadero cristianismo, porque cada una de ellas es nueva en comparación de la verdad existente desde el principio, porque los herejes carecen de objeto y de regla en los debates que empeñan contra la Iglesia, abandonándose á su propio juicio: y así estas opiniones se contradicen una á otra, pretendiendo cada una poseer la verdad exclusivamente (9). Si á veces el espíritu de disputa arrastró en realidad, ora á discusiones frívolas, ora á frases amargas, y acumuló dificultades en el sendero que debía desembarazar la fe para marchar una y segura, compadezcamos aquellos extraviados de la razón humana que, conociendo haber recuperado la libertad, abusaba de ella como el niño á quien le quitan sus mantillas.

Es más instructivo y consolador contemplar á aquellos sacerdotes que, sin interés ni esperanza terrenal, se derraman por todo el mundo habitado, y enlazan á los pueblos por la caridad á la Iglesia; palabra que el pueblo comprende, sintiendo en ella una verdad sobrehumana; palabra que hace amar la religión que la ha inspirado.

Algunos se refugian en la soledad, necesidad de las almas disgustadas de la corrupción, ó destrozadas por las tempestades. No les acusemos de ociosidad y de indolencia, antes de considerar como el hombre debe empezar la enmienda por sí mismo, y qué influjo ejerció en las imaginaciones bárbaras aquel entusiasmo de penitencia, superior á cuanto tiene de frágil la voluntad humana, y sin hacer memoria de que en aquella severa escuela se prepararon los Jerónimos, los Crisóstomos, los Atanasios á resistir á las seducciones del error y á las amenazas del poder.

Con efecto por ellos se divulga con el cristianismo un conocimiento más exacto de los deberes de familia, de ciudadano, y en suma de hombre; por ellos cae la superstición, y son depositados nuevos gérmenes en medio de la civilización antigua, á fin de que no perezca todo en el naufragio. Por ellos se afirma la Iglesia en el orden social como autoridad pública, como república moral, para fundir en conjunto las virtudes lánguidas que quedaban á los romanos corrompidos con las incultas y enérgicas que poseen los bárbaros; para aplicar remedio á los vicios de los primeros y proporcionar educación á la grosería de los segundos: para abarcar en su universalidad al mundo como en un vínculo de beneficencia, de humanidad, de tolerancia y de caridad protectora: para oponer á los misterios de la carne y á la embriaguez de los sentidos un espiritualismo sublime, y á las rapiñas sanguinarias de los invasores el dogma de la fra-

(9) De estos mismos argumentos se sirve Nicole contra los protestantes en las *Preocupaciones legítimas*.

ternidad universal: para conservar el depósito de las letras y la tradición de las artes: para vigorizar con sus severos mandatos la flaqueza de los entendimientos: para reanudar las comunicaciones entre las provincias divididas y disputadas. Distante de una rigidez exclusiva, aunque inmutable en el dogma, se adapta la Iglesia al carácter de las diferentes naciones; las discusiones, las herejías, los ritos, toman distinta forma entre los sirios y entre los griegos, entre los africanos y los latinos; pero donde quiera se hace sentir igualmente el convencimiento que lucha, el entusiasmo que eleva, la caridad que santifica.

El siglo más importante en la historia es verdaderamente el que consideramos: en él los oprimidos se convirtieron de repente en dominadores. Si hemos hablado de la Iglesia más que de lo restante, consiste en que la vida a medida que se escapa del cuerpo social se reconcentra en ella, y cuando todos rehusan las funciones civiles como una insoportable carga, están allí los sacerdotes para suplirlos en su tarea, y quedan solos en pie en medio de las ruinas, como los arquitectos de un nuevo edificio. Sabiendo que su reino no es de este mundo, y que la caridad les obliga a ser útiles, a salvar, donde quiera que sea, acuden allí donde se padece, se colocan entre el tirano y los oprimidos, entre los invasores y las poblaciones avasalladas. A los reyes predicán el común origen y los miramientos debidos a los pobres, inculcan al pueblo la sumisión razonada. Se ofrecen a los gobernantes como consejeros, como tutores a las sociedades vueltas a caer en la infancia. Un obispo galo hacina el trigo en los graneros, y cuando es devastado el país, los abre a todos, Martín, Kemi-gio, Ambrosio, Paulino son los héroes de aquella edad.

Sin ellos, ¿qué hubiera sido del mundo invadido por hordas que se empujan unas a otras, sin saber de dónde venían, a dónde iban, si bien sintiendo como un impulso superior que les llevaba hacia el Capitolio? Sumamente dolorosas fueron las violencias de la invasión, pero causaron menos daño que la débil agonía. A semejanza de las inundaciones del Nilo, las correrías de los bárbaros dejaron un limo fecundador, despedazaron las instituciones que se oponían al progreso, y constituyeron nuestra sociedad, fundada no en la fuerza y la exclusión, sino en la razón y en el amor.

Ya es esta una diferencia capital entre los tiempos de que hemos hablado, y aquellos a que nos aproximamos. En los primeros las sociedades estaban dominadas por un principio único: en la India y en Egipto domina la teocracia, la autoridad paternal en la China, la monarquía en Persia, la libertad en Grecia, el Estado en Roma. De aquí aquel grado de robustez que aparece en los hombres y en los hechos: de aquí también los excesos, empujando a veces la república a abusar de la libertad, y la monarquía de la servidumbre: todas las cosas se impregnan del mismo carácter, y la

literatura y las artes vienen a ser la expresión de un estado único en la sociedad.

Al revés entre los modernos las ideas y los sentimientos luchan entre sí y se limitan recíprocamente. Colócase la aristocracia al lado del gobierno de uno solo ó del concejo, y unos y otros son tenidos a raya por una potestad eclesiástica, que no permite deducir las últimas é implacables consecuencias ni aún de principios mal establecidos. De consiguiente allí la unidad de fundamento había producido la tiranía: aquí de la variedad nace la franquicia. Allí la educación única y dominante imprimía sentimientos y opiniones uniformes para toda la vida, mientras que entre nosotros la que se recibe en las escuelas, con los vestigios de antiguos recuerdos, se halla corregida por las lecciones que da la sociedad. Allí el uso, el ejercicio, el progreso de la civilización están confiados al gobierno, es decir, a los privilegiados, no en tanto que operan individualmente, sino como concurriendo simultáneamente a la acción pública: al revés entre los modernos, la civilización es de interés público, si bien queda enteramente abandonada a la actividad libre y privada de cada ciudadano, no teniendo que ocuparse los gobernantes más que de la cosa pública para conservar la sociedad, removiendo todos los obstáculos. A la autoridad, único vínculo entre los antiguos, se sustituye entre los modernos el de las costumbres: allí hay mayor independencia política, si bien para un corto número de privilegiados: aquí hay mayor independencia personal y para todos; pues los antiguos no consideraban más que al ciudadano, nosotros al hombre.

Y es hombre todo el que posee un alma racional. La división establecida desde los primeros tiempos entre los hombres queda abolida por la igualdad religiosa; y para llegar de ésta a la igualdad civil no hay más que deducir las consecuencias. Antes los vencidos lo perdían todo, porque perdían sus dioses; ahora el cristianismo, dando un mismo Dios a todos, funda un nuevo derecho de gentes. Si la Iglesia no proclama en alta voz el derecho del esclavo a la libertad, proclama el deber que tiene el hombre libre de ser bueno, y por consiguiente de no ensañarse contra el esclavo, de no abusar de su cuerpo, de no matarle ni darle golpes y sí de amarle como a sí mismo. Aún para los que se mostraron más humanos en la antigüedad consistía el heroísmo en degollar sin piedad a todo el que era su enemigo, cual lo vemos en César y Germánico. Apenas se hizo Constantino cristiano prometió dinero a todo el que le presentara un enemigo vivo. Ya en lo interior no habrá que asegurar la ventura de un corto número con la opresión de una muchedumbre sin derechos y sin nombre, ya no será sacrificada la población de los campos a la de las ciudades: la tarea de los siglos futuros tendrá por objeto extender a todos la seguridad, la educación, la dignidad moral. No bien llegaba a gastarse en las edades anteriores el prin-

cipio único, sobre el cual reposaba la sociedad, fuerza era que cayera de un modo más ó menos rápido. Así pereció la Persia cuando los sátrapas se declararon independientes; la Grecia, cuando el predominio macedónico doblegó a las repúblicas bajo la autoridad de los reyes; Roma, cuando sus victorias la indujeron a hacer iguales los derechos entre las naciones vencidas y sus ciudadanos, hallándose constituida originariamente sobre la

diferencia y la esclusión. Pero en los siglos modernos, si un elemento sucumbe, ocupa otro su puesto: se trasforman las naciones, mas no perecen: operan sus revoluciones políticas, morales, económicas, sin desaparecer de la haz de la tierra; hasta cuando son encadenadas por la fuerza brutal, no las abandona la esperanza, y en vez de entregarse a impotentes lamentaciones, alimentan una confianza activa en la restauración y el progreso.

